

Están ordinariamente formadas por un vasto cobertizo para los caballos, sin más abrigo que el techo, y en el ángulo del cual hay una estufa que ocupa la cuarta parte.

Los viajeros se arreglan como pueden en esta pieza única, cuyo piso sirve de lecho á los que no pueden ocupar un sitio en el hogar. Al día siguiente, Prascovia salió muy temprano con intención de ir á casa de la señora Milin; pero, según su costumbre, empezó por ir á la iglesia, donde se encontraba más gente de la que ella había visto nunca reunida. Era domingo. El fervor que puso en sus oraciones, hizo que se fijaran en ella, tanto como en el saco y el traje que llevaba, los cuales anunciaban en ella una viajera extranjera. Al salir de la iglesia, una señora la preguntó quién era. En pocas palabras satisfizo Prascovia su pregunta, y disponiéndose luego á abandonarla, le hizo conocer la intención que tenía de ir á pedir hospitalidad á la señora Milin, cuya filantropía le había ponderado todo el mundo. Precisamente estaba hablando con la misma señora Milin, que oía así su propio elogio de una manera que no podía serle sospechosa de adulación. Esta buena señora, antes de darse á conocer á la viajera, quiso divertirse un instante con su vacilación.

— Esa señora Milin, le dijo, de quien te han hecho tantos elogios, no es tan caritativa como imaginas. Si quieres crearme y venir conmigo, yo te procuraré mejor alojamiento.

Después de lo bien que de la señora Milin le habían hablado en la posada, Prascovia formó mal concepto de

su nueva conocida : la siguió, pero sin atreverse á rehusar ni aceptar su proposición.

— Por lo demás, le dijo la señora Milin viéndola indecisa en sus pasos, si tienes tanto empeño en ir á casa de esa señora, ahí está, á dos pasos de aquí : entremos, y verás cómo te recibe; pero prométeme que, si no te retienen, vendrás conmigo.

Prascovia, sin contestar, entró en la casa, y dirigiéndose á las criadas de la señora Milin, les preguntó si su ama estaba en casa. Sorprendidas aquéllas por esta pregunta, hecha en presencia de su ama misma, nada contestaron.

— ¿Puedo ver á la señora Milin? repitió la viajera.

— Pero ¡hela aquí! dijo por fin una de las mujeres.

Prascovia, volviéndose, vió á la señora Milin, que abría los brazos para recibirla.

— ¡Oh! ¡bien sabía yo que la señora Milin no podía ser una mala mujer! dijo la joven besándole las manos.

Esta curiosa escena causó el más vivo placer á su bienhechora.

Envió á buscar á su amiga, la señora G..., tan buena y tan caritativa como ella, para recomendarle á la joven viajera y para pensar juntas en los medios de serle útil. Después de almorzar, y cuando Prascovia se hubo familiarizado un poco con sus nuevas protectoras, refirióles con toda clase de detalles la desdichada historia de sus padres, y no les ocultó el proyecto extraordinario que había concebido de ir á San Petersburgo con objeto de pedir la gracia de su padre.

La señora Milin, sin mostrarse demasiado crédula en el éxito de su empresa, no la desanimó; pero las dos señoras resolvieron retenerla hasta la primavera. El frío se había hecho excesivo. La viajera misma veía la imposibilidad de continuar su camino durante el rigor de la estación; y las señoras, que querían retenerla, no le hablaron nada todavía de lo que podían hacer y de lo que, en efecto, hicieron más tarde para auxiliarla en su empresa.

Prascovia se sentía realmente feliz en casa de su protectora. Las caricias y la noble familiaridad de aquellas personas distinguidas tenían para ella un encanto completamente nuevo; así es que el recuerdo del tiempo afortunado que pasó en su compañía no se separaba de su pensamiento. Cuando refería más tarde esta parte de su historia, el nombre querido de la señora Milin arrancaba siempre á sus ojos lágrimas de agradecimiento.

Con todo, su salud se encontraba muy quebrantada; la noche desastrosa que había pasado en el bosque le había dejado un violento resfriado, que los fríos rigurosos no habían hecho más que exacerbar. Aprovechó su estancia en Ekatherinemburgo para cuidarse, y sobre todo para aprender á leer y á escribir. Esta circunstancia de su vida daría muy mala idea de sus padres por haber descuidado hasta tal punto la educación de su única hija, si la idea de un destierro perpetuo no les hubiese hecho juzgar acaso como inútil y hasta peligrosa toda instrucción para su hija, destinada como estaba, al parecer, á vivir en las últimas clases de la

sociedad. Esta profunda ignorancia y el abandono total en que había vivido hasta entonces, hacen más extraordinario todavía el impulso generoso de su alma. Como quiera que sea, Prascovia, ocupada en Siberia en los trabajos domésticos, había olvidado por completo los escasos rudimentos de lectura que aprendió en su primera infancia. Púsose á estudiar con todo el ardor y la fuerza de su carácter, y en algunos meses estuvo en disposición de comprender un libro de oraciones que le habían dado sus protectoras; con frecuencia se veían éstas obligadas á arrancarla á su ocupación. El placer que experimentaba encontrando en aquellas plegarias los sentimientos naturales de su corazón, desarrollados y expresados de manera tan clara y conmovedora, hacía que deseara vivamente instruirse.

— ¡Cuán dichosas son las gentes del mundo! decía. ¡Cuánto deben rogar á Dios con todo su corazón, estando tan bien instruídas en los asuntos religiosos, con tantos medios de expresar su devoción y tantos objetos de agradecimiento hacia la Providencia por los favores de que les ha colmado!

La señora Milin sonreía al oír estas reflexiones de la muchacha; pero ella pensaba que nada debe ser imposible para una piedad tan verdadera y para plegarias tan ardientes. Este pensamiento persuadió, más que otra cosa, á las caritativas señoras de que era preciso favorecerla en sus proyectos y abandonarla á la Providencia, que parecía protegerla de un modo tan visible. La señora Milin y su amiga no habían descuidado hasta entonces nada para disuadirla, haciéndole los ofreci-

mientos más tentadores y ventajosos para retenerla cerca de ellas; pero nada había podido vencer su resolución. Llegó hasta á echarse en cara el bienestar y la dicha de que gozaba en Ekatherinemburgo.

« ¿Qué hará mi padre ahora, solo en el desierto, mientras su hija se olvida á sí misma aquí, en medio de todas las dulzuras de la vida? »

Tal era la pregunta que no cesaba de dirigirse Prascovia.

Decidiéronse, pues, aquellas señoras á darle los medios de continuar su camino. Al retorno de la primavera, la señora Milin, después de haber provisto á todo lo que podía hacerle falta, retuvo para ella una plaza en un barco de transporte y púsola al cuidado de un hombre que se dirigía á Nijeni para asuntos comerciales y que estaba acostumbrado á este viaje difícil.

Antes de transponer los montes Urales, que separan Ekatherinemburgo de Nijeni, hay que embarcarse en los ríos que nacen en esas mismas montañas y que se dirigen al norte. Se viaja por agua hasta el Tobol, que se deja en seguida para aproximarse á las montañas.

El paso de éstas no es ni muy alto ni muy difícil. Una vez aquél franqueado, hay que embarcarse de nuevo en las aguas que bajan hacia el Volga. Careciendo Prascovia de medios para procurarse un carruaje y viajar en posta, aprovechó una de las numerosas embarcaciones que llevan á Rusia el hierro y la sal por el Tehousova y el Khama.

Su conductor le ahorró todos los apuros de este largo viaje, que no hubiera podido hacer sola sin correr

grandes peligros; pero quiso su desgracia que este hombre cayera enfermo al atravesar los desfiladeros, viéndose obligado á detenerse en un pueblecillo de las riberas del Khama : entonces se vió entregada á sí misma y privada de todo apoyo. Hasta la desembocadura del Khama en el Volga hizo el trayecto con toda felicidad. Desde dicho punto, el barco, remontando el río, iba remolcado por caballos. La viajera experimentó en este último trayecto un accidente que le hizo correr los mayores peligros. Durante una de esas violentas borrascas que son tan frecuentes en aquellas regiones, los barqueros, queriendo apartar la lancha de la ribera, empujaron con fuerza un gran remo, que servía de timón, del lado en que muchas personas estaban sentadas sobre la borda de la embarcación, y no tuvieron tiempo para retirarlo; tres pasajeros, entre los cuales se contaba Prascovia, fueron derribados y arrojados al río. Sacáronles en seguida : la joven no estaba herida; pero la vergüenza que sentía al cambiar de ropa delante de todo el mundo, hizo que la dejara secar sobre su cuerpo. Un violento resfriado fué la consecuencia de este accidente, que tuvo influencia desgraciada sobre su salud.

Las señoras de Ekatherinemburgo, que habían encargado á su conductor que hiciera cuantos arreglos fuesen necesarios para la continuación de su viaje desde Nijeni, no la recomendaron á nadie en esa ciudad, donde Prascovia no tenía intención de detenerse; encontróse, pues, á su llegada sin conocidos y sin protección. Los barqueros la dejaron sobre la orilla del río con su escaso equipaje, que se había hecho, sin embar-

go. voluminoso, gracias á los cuidados de la señora Milin.

Frente al puente en que se desembarca ordinariamente á orillas del Volga, encuéntrase una iglesia y un convento de religiosas, situados sobre una eminencia. Allí se encaminó para rezar sus acostumbradas oraciones, proponiéndose ir en seguida á buscar albergue en cualquier parte de la ciudad.

Al entrar en la iglesia, que le pareció desierta, oyó á través de la reja los cantos de las religiosas, que acababan sus plegarias de la tarde, y vió en esta circunstancia un buen augurio.

« Un día, se decía, si Dios favorece mis votos, tomaré también el velo, no teniendo ya otra ocupación que la de dar gracias á Dios por sus mercedes. »

Cuando salió de la iglesia se ponía el sol: detúvose algún tiempo bajo el pórtico, admirada ante el hermoso panorama que á sus ojos se presentaba. La ciudad de Nijeni Novogorod, situada en la confluencia de dos grandes ríos, el Oca y el Volga, ofrece, desde el punto en que ella se encontraba, una de las más hermosas perspectivas que pueden contemplarse; su extensión le pareció inmensa y le inspiró una especie de pavor.

Al salir de Ischim, Prascovia no se había representado más que los peligros materiales que podía correr; habíase preparado de antemano para desafiar el hambre y los fríos más rigurosos, la muerte misma; pero desde que empezaba á conocer la sociedad, entreveía obstáculos de otro género, contra los cuales todo su valor no podía sostenerla. Después de haber escapado

al desierto, presentía esa espantosa soledad de las grandes ciudades, en que el pobre se halla solo en medio de la muchedumbre, y donde, como por horrible encantamiento, no ve á su alrededor sino ojos que no miran y oídos sordos á sus quejas.

Desde que conoció á las señoras de Ekatherinemburgo, un nuevo sentimiento de bienestar y acaso un poco de orgullo, le hacían más penosas las vicisitudes á que la obligaba su situación.

« ¡Ay! decía. ¿Dónde hallaré amigas como las que he abandonado? Heme aquí ahora á más de mil verstas de ellas. ¿Qué será de mí al llegar á San Petersburgo, cuando me acerque al palacio imperial, yo, que tiemblo de presentarme aquí en una miserable posada? »

Estas reflexiones se presentaron con tanta fuerza á su espíritu, que, por vez primera, un profundo desaliento se apoderó de ella arrancándole lágrimas. El recuerdo de su padre, á quien había abandonado quizá inútilmente, la llenó de sobresaltos y de temores. Pero pronto se echó en cara su debilidad y su falta de confianza en Dios, y pidió perdón de ello á su ángel custodio.

« Y él fué sin duda, decía al hablar de esta circunstancia de su vida, quien me inspiró la idea de entrar de nuevo en la iglesia para pedir á Dios que me devolviese el valor que había perdido. »

En efecto, allí entró presurosamente para implorar el socorro del cielo. Una religiosa se encontraba en aquel momento cerca de la puerta para cerrarla; al observar, sorprendida, el súbito movimiento de la joven extranje-

ra, que no la distinguió, así como el fervor con que hacia sus plegarias, la abordó para interrogarla y advertirla que era hora de cerrar la iglesia. Prascovia, un poco desconcertada, le refirió ingenuamente la causa de su brusca entrada en el templo, hizole presente la repugnancia que sentía en ir á buscar asilo á una posada y concluyó por suplicarle que se lo concediera en el convento, aunque no fuera sino en los claustros. La portera le contestó que no se daba alojamiento á los extranjeros en el convento, pero que la abadesa podría darle algunos socorros.

— Yo no pido otra cosa que asilo para esta noche, replicó Prascovia enseñando una bolsa que contenía algún dinero. Unas caritativas señoras me han dado los medios para pasar sin limosnas durante algún tiempo, y lo único que pido es la protección del convento para esta noche. Mañana continuaré mi camino.

La religiosa consintió en conducirla ante la abadesa. La respetable señora estaba orando cuando entraron en su celda; la portera se detuvo cerca de la puerta y se puso de rodillas; Prascovia la imitó, rogando á Dios que dispusiera á la abadesa en su favor. Cuando ésta acabó su oración, se acercó á la joven, que continuaba de hinojos, y la levantó con bondad. Prascovia le dijo su nombre y el objeto de su viaje; enseñó el pasaporte y pidió hospitalidad para la noche, lo cual le fué concedido. Bien pronto, rodeada de muchas religiosas atraídas por la curiosidad al departamento de la abadesa, contestó á las múltiples preguntas que le fueron hechas y refirió las penosas aventuras de su viaje con tanta

sencillez y con elocuencia tan natural, que hizo derramar lágrimas á las señoras que la escuchaban y les inspiró el más vivo interés. Colmáronla de caricias y cuidados; la abadesa la alojó en su propia habitación, y formó desde entonces el proyecto de retenerla en el convento y de contarla en el número de sus novicias.

Prascovia se había propuesto, desde hacía mucho tiempo, tomar el velo, si su empresa daba buen resultado. Precedentemente se ha visto que desde su llegada á Ekatherinemburgo había creído que la ciudad de Kiew estaba en el camino de San Petersburgo. En esa ciudad se prometía renovar sus votos al pasar: esperaba ver entonces las famosas catacumbas, honrar las reliquias de santos que contenían¹ y retenerse un sitio para el porvenir en una de las casas religiosas de la ciudad.

Habiendo reconocido su error, no opuso ninguna dificultad en elegir el convento de Nijeni para su último retiro; pero lo prometió solamente á la superiora, y como le dieran prisa para que profesara, rehusó.

— ¿Sé acaso yo misma, respondió, lo que Dios exige de mí? Quiero, deseo sinceramente acabar aquí mis días; y si tal es la voluntad de la Providencia, ¿quién podrá oponerse á ello?

1. Las catacumbas de Kiew son vastas galerías subterráneas unidas á la catedral y cuidadas por religiosos de un antiguo y rico convento. Se conserva en estos subterráneos inmensa cantidad de santos griegos, cuyos cuerpos intactos, expuestos á la veneración de los fieles, están cubiertos con ricos ropajes que dejan ver los rostros, las manos y los pies. Las carnes secas tienen casi el color y la solidez de la madera de caoba.

Consintió en permanecer algunos días en Nijeni para descansar y para buscar los medios de trasladarse á Moscou; pero pronto se resintió de sus fatigas y cayó peligrosamente enferma. Desde su caída en el Volga, tenía una tos ronca que le incomodaba mucho. No tardó en declararse una violenta calentura; sin embargo, aunque los médicos mismos desesperaban de su vida, ella no abrigó nunca la más ligera inquietud.

« Yo no creo, decía, que haya llegado aún mi hora, y espero que Dios me permitirá concluir mi empresa. »

Repúsose, en efecto, aunque muy lentamente, y pasó el resto de la primavera en el convento. En el estado de debilidad en que se encontraba todavía, no podía continuar su viaje á pie, y aun menos sobre una carreta de posta; así, pues, no teniendo medio alguno para procurarse carruaje cómodo, se vió obligada á esperar el *trinaje*¹ para tener la posibilidad de llegar á San Petersburgo sin experimentar la fatiga de los carruajes ordinarios. Durante este tiempo, siguió los oficios y la regla del convento con una asiduidad que retardó quizá su restablecimiento, y se perfeccionó en sus estudios. Esta conducta acabó de granjearle la estimación de la abadesa y de las religiosas, las cuales cobraron por ella el afecto más verdadero, no poniendo ya en duda el que un día cumpliría su promesa de volver al convento para tomar el velo.

En fin, cuando los caminos de invierno estuvieron

1. Se llama así la época en que los caminos empiezan á ser practicables para los trineos.

restablecidos, partió para Moscou en trineo cubierto, con viajeros que llevaban la misma dirección. No habiendo podido la abadesa conseguir que abandonara su proyecto, le dió una carta de recomendación para una de sus amigas de Moscou, la señorita de S..., asegurándole que podría mirar siempre su casa como refugio seguro, en el que sería recibida como hija querida, cualquiera que fuese el éxito de su viaje.

Prascovia llegó á dicha ciudad sin contratiempos ni accidentes. La señorita de S... tuvo con ella muchos cuidados y deferencias, y la retuvo algunos días para buscarle un compañero de viaje hasta San Petersburgo.

Marchó en compañía de un comerciante que viajaba con caballos propios y que empleó veinte días en el trayecto. Además de las cartas de recomendación que le habían sido entregadas por las señoras de Ekatherinemburgo, recibió otra de la señorita de S... para la princesa de T..., persona respetable y de edad avanzada. Tales eran sus recursos cuando llegó á la capital, hacia mediados de febrero, — cerca de diez y ocho meses después de su salida de Siberia, — con tanto valor y esperanza como tenía el primer día de viaje.

Alojóse en casa de su conductor, que habitaba sobre el canal de Ekatherinski, y estuvo algún tiempo como perdida en la gran ciudad, antes de saber lo que debía hacer y cómo entregar sus cartas de recomendación: esto le hizo perder un tiempo precioso.

El comerciante, entregado á sus negocios, no se ocupaba para nada en ella; sin embargo, se había encargado de averiguar el domicilio de la princesa de T...;

empero, antes de cumplir su promesa, se vió obligado á marchar á Riga, dejando á Prascovia al cuidado de su mujer, que la trataba muy bien, sin serle por esto de ninguna utilidad para sus proyectos.

La carta de la señorita de S... iba dirigida á una persona que habitaba al otro lado del Neva. Como la dirección estaba bien detallada, Prascovia, algunos días después de haber marchado el comerciante, púsose en camino, con la mujer de aquél, hacia Wassili-Ostrow¹. Pero el Neva había crecido, el deshielo estaba próximo y la policía no permitía ya el paso. Volvió, pues, á su albergue, desolada por este contratiempo. En el apuro en que se hallaba, uno de los concurrentes de la casa del negociante le aconsejó, desacertadamente, que elevara una solicitud al Senado para conseguir la revisión del proceso de su padre, y se ofreció á buscar persona que la redactara. El éxito favorable de la que había dirigido al gobernador de Tobolsk la decidió. Hiciéronle escribir un memorial mal concebido y que no tenía las formas requeridas, sin darle la menor noción acerca de la manera cómo debía ser presentado. Este proyecto no le permitió entregar con la actividad necesaria sus cartas de recomendación, que hubieran podido serle mucho más útiles.

Provista de este documento, nuestra interesante peticionaria fuése una mañana al Senado, subió la gran escalera y penetró hasta una de las secretarías; pero

1. *La isla de Basilio*, situada en el barrio de la orilla derecha del Neva.

encontróse apurada al verse entre tanta gente, no sabiendo á quién dirigirse. Los empleados, á quienes se acercaba con la exposición, se contentaban con lanzarle una mirada, y se ponían de nuevo á escribir con la mayor frialdad; otras personas que la encontraban en la Cámara, en vez de escucharla y de recibir su súplica, se apartaban de ella como se haría con un mueble ó con un obstáculo que estorbara el paso. En fin, habiéndola encontrado uno de los inválidos de la guardia de la cancillería, que atravesaba rápidamente la sala, se volvió á la derecha para pasar, mientras Prascovia hacía lo propio hacia el mismo lado, de modo que tropezaron uno con otro violentamente. El viejo guardia preguntóle de muy mal humor lo que quería. La muchacha le presentó su memorial rogándole que lo entregara al Senado. El hombre, tomándola por una mendiga, cogióla del brazo por toda respuesta, y la puso á la puerta. Ya no se atrevió á volver á entrar y permaneció el resto de la mañana en la escalera, con intención de presentar la súplica al primer senador que encontrara. Vió á muchas personas con el pecho cubierto de condecoraciones, apearse del carruaje y subir la escalera; todas llevaban espada, botas de montar y uniforme; algunas usaban charreteras. Imaginó que eran oficiales y generales y esperaba siempre la llegada de un senador, que, según la idea que se había formado, debía tener algo particular que le hiciera reconocer, y no ofreció á nadie su exposición. Por fin, hacia las tres de la tarde salió todo el mundo; y Prascovia, viéndose sola, retiróse la última, admirada de ha-

ber visto tanta gente en el Senado, sin encontrar un solo senador. Á su regreso, dió cuenta de esta observación á la mujer del negociante, á la cual costó mucho hacerle comprender que un senador era hombre como los demás y que los personajes que había visto eran precisamente los senadores á quienes debía haber entregado su súplica.

Al día siguiente, á la hora de entrada en el Senado encontrábase ya en la escalera, y presentó su escrito á todos los que llegaban para que no se le pasaran los senadores, acerca de cuya naturaleza conservaba todavía algunas dudas; pero nadie quiso recibirlo. Por fin, vió llegar á un señor gordo con un cordón encarnado, uniforme del mismo color, una estrella á cada lado del pecho y la espada al cinto.

« Esta vez, se dijo á sí misma la peticionaria, es un senador, ó no hay senadores en el mundo. »

Aproximóse á él y le presentó su papel, suplicándole que tuviera la bondad de darle curso; pero como interrumpía el tránsito, un lacayo del senador la separó suavemente del paso, y su amo, creyendo que le pedía una limosna, le dijo :

— Dios te bendiga.

Y subió la escalera.

Prascovia volvió durante más de quince días al Senado, sin obtener mejor éxito. A menudo, fatigada de aguardar de pie en una escalera fría y húmeda, acurrucábase sobre una de las gradas para calentarse los pies helados, buscando en la fisonomía de los que pasaban y de los empleados algunos signos de compasión y be-

nevolencia, que hubiera seguramente encontrado si hubiesen conocido su situación.

Así está constituida la sociedad en las grandes ciudades : la miseria y la opulencia, la dicha y el infortunio se cruzan sin cesar y se entrechocan sin verse : son dos mundos separados que no tienen ninguna analogía, pero entre los cuales un reducido número de almas compasivas, señaladas por la Providencia, establecen puntos raros de comunicación.

Un día, sin embargo, uno de los empleados, que sin duda la había estado observando precedentemente, se detuvo cerca de ella, tomó el memorial y sacó del bolsillo un paquete de papeles. La desgraciada concibió un instante de esperanza ; pero el paquete era un fajo de asignados, de entre los cuales tomó uno de cinco rublos, lo puso en el memorial y devolviéndolo á la suplicante entró en su despacho y desapareció. Prascovia, desconcertada, estrechó entre sus manos el asignado y se retiró.

« Estoy segura, decía un día á su huésped, que si entre los senadores se encontrara un hermano de la señora Milin, habría tomado mi petición sin conocerme. »

Las fiestas de Pascua, durante las cuales el Senado no se reúne, diéronle algún reposo, que aprovechó para dedicarse á sus devociones. Al entregarse á este piadoso ejercicio renovó sus plegarias en pro del buen éxito de su empresa ; y era tal la sinceridad de su fe, que, después de su comunión, volvió persuadida de que tomarían su solicitud en el Senado la primera vez que se presentaría ; lo cual no vaciló en anunciar á la mujer del comerciante como una cosa segura. Esta última

estaba bien lejos de participar de su esperanza y aconsejóle que abandonara aquel camino; sin embargo, como el día de la reapertura del Senado tenía que hacer en el muelle inglés, viendo á Prascovia marchar á pie, ofrecióle conducirla en *droschky*¹.

— Yo no sé, le decía por el camino, cómo no te han desanimado tantos pasos inútiles. En tu lugar, yo dejaría al Senado y á los senadores, que nunca harán nada por ti. Todo esto es, añadió enseñándole la estatua de Pedro el Grande, que se encontraba cerca de ella, todo esto es lo mismo que si ofrecieses el memorial á esa estatua; no obtendrás otra cosa.

— Yo espero, repuso Prascovia, que mi fe me salvará. Hoy haré mi última tentativa en el Senado y seguramente tomarán mi súplica: Dios es todopoderoso; sí, añadió bajando del *droschky*, Dios lo puede todo, y puede, si tal es su voluntad, obligar á ese hombre de hierro á bajarse y á tomar mi petición.

La mujer, á estas palabras, lanzó una gran carcajada, y Prascovia, saliendo de su entusiasmo, rió también; sin embargo, no había hecho más que expresar lo que pensaba.

Mientras ella examinaba la estatua, su compañera le hizo observar que el puente del Neva, que se hallaba cerca, estaba ya transitable: carruajes sin número iban y venían de Wassili-Ostrow.

— ¿Traes la carta de recomendación para la señora

1. Carruaje bajo, montado sobre cuatro ruedas; hace las veces de tílburí ó birlocho entre nosotros.

de L...? le preguntó; no tengo mucha prisa y puedo conducirte hasta su puerta.

Era temprano todavía, y Prascovia consintió. Pasaron el puente; el río, que quince días antes no era más que una llanura de témpanos movedizos, libre ahora de la nieve y cubierto de barcos y embarcaciones de toda especie, le sorprendió agradablemente. Todo estaba en movimiento á su alrededor; el tiempo era soberbio: sentía ella redoblarse su valor, augurando bien de la visita que iba á hacer.

— Me parece, decía abrazando á su conductora, que Dios está conmigo y no me abandonará.

Encontró á la señora de L... ya prevenida de su llegada por una carta de Ekatherinemburgo, y recibió cariñosas reconvenciones cuando supo que estaba desde tanto tiempo hacia en San Petersburgo. El cordial y afectuoso recibimiento que le hicieron, recordóle vivamente la casa y la sociedad de la señora Milin. Cuando hicieron conocimiento y se estableció la familiaridad, Prascovia desarrolló el plan que había formado para conseguir la libertad de su padre y refirió las diligencias infructuosas que había hecho ya en el Senado. El señor L... examinó su solicitud y encontró que no estaba redactada con arreglo á las formas debidas.

— Nadie mejor que yo, le dijo, hubiera podido ayudar á usted en este asunto: uno de mis próximos parientes ocupa un empleo de importancia en el Senado; pero confesaré á usted, como lo haría á una antigua conocida y á una amiga, que estamos disgustados desde hace algún tiempo. Con todo, la ocasión